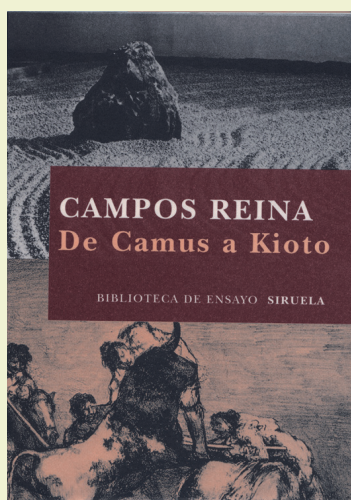


Plenitud del imaginario (De Camus a Kioto, de Campos Reina)

Enrique Baena



El imaginario posee su propia voz, más allá de la escritura creativa, que revierte en la creación primordial, activando una energía inusitada que va de lo estético a lo antropológico, y de lo filosófico a lo puramente literario. Nutre, pues, la invención pero su profundidad exige asimismo aflorar sin mediaciones. Juan Campos Reina construyó en *De Camus a Kioto*¹ no sólo el sostén de los mundos buscados en la *Trilogía del Renacimiento* y *La Cabeza de Orfeo*, sino, igualmente, el ininterrumpido diálogo con el conocimiento y la intuición magistral que confiere plena validez a la trascendencia de un ser cuyo legado, antes de su extinción, llegó al fondo en su decisión de vivir creadoramente.

Todo este gran libro del imaginario, que actúa bajo la forma de ensayo, formula implícitamente la pregunta esencial que un escritor absoluto se formula, es decir, la responsabilidad con sus producciones, lo que incluye tanto el dibujo de lo no acabado como las novelas que ha conseguido formar. El tratamiento que Campos Reina hace de Camus en *El Mito de Sísifo* es claro exponente de que, en su visión, frente a cualquier debilitamiento o persuasión de final, la propia existencia obliga a una respuesta desde la que afrontarla. De ahí que sus personajes se desvelen dialécticamente, a partir de la propia idea del espíritu hegeliano, formulando en la ficción su realidad pero, simultáneamente, restañando interioridades invioladas que nos embargan como enigma de un vitalismo independiente. Y así, desde esta focalización, la respuesta existencial que da este discurso del imaginario hacia el dominio de su propia obra no es otra que el ímpetu de la pura libertad.

Cada matiz del infinito desglose que ello representa, encuentra sus modulaciones a través del *yo del viaje*, un peregrinar que insistentemente, como el Virgilio de Dante, extrae su auxilio e iluminaciones al socaire del mar de todo conocimiento; supremacía del imaginario que preserva del horror y el dramatismo. *Facere luce*, alumbrar desde los confines, para que el escritor-pensador llegue a ser lo que es. Y esa maduración compromete transgredir los límites invocando una percepción superior, reparando en el potencial de una sabiduría numinosa que recorre desde la más lejana Antigüedad occidental y de Extremo Oriente hasta Rilke, y sus instantáneas de bushi-samurái, Yukio Mishima, y la belleza a través de Kioto contenida en el *Pabellón de Oro*, o el eterno exilio del logos de María Zambrano y la obra última de Handke reflejando también la pervivencia especular de lo oriental —Apolo— en nuestro canon —Dionisos—.

Y así, esa duplicidad, mediante las formas exquisitas de una expresión refinada y controlada, muestra el haz y el envés en el imaginario del *mito personal*, aquél que se nutre de historias y verdades oníricas de la individuación, en un lado, y paralelamente, en otro, de variantes de la mitificación canónica y de sus metamorfosis literarias, sujetas éstas a la imaginación racional y la memoria colectiva. De este modo, Campos Reina asciende a las fábulas de donde nace el mundo, a las unidades seminales, a la entronización con lo dado arquetípicamente y sus figuras primordiales —que asisten a las fuentes del yo—, para, en su percepción de reconocimiento, narrar su universalidad. Imágenes fundacionales e iconos primigenios, sueños e intuiciones de existencia confieren al imaginario la dinámica ordenada en el libro de «tema y variación». Se trata de un recurso *fuerte* que, en el desarrollo de sus palabras, identifica a la persona más directamente que a través de su creación: los enigmas cognitivos, estéticos y éticos, que traslada, sus resoluciones, han generado a su vez la fuerza vital con que se nos presentan sus personajes de ficción.

La escritura a que da pie el imaginario restaura en el ensayo sendas de la inmensidad de lo vivido, sin la mediación figurada ni los esquemas de ficción; trae la supremacía de la reflexividad con las connotaciones de lo igual y extraño, de la visión interior y las designaciones exteriores. Campos Reina hizo equivalentes espíritu y vida, habitó el signo con su existencia, afirmó contenidos esenciales de sus visiones y experiencias, y atrapó los potenciales. Pero, junto a este movimiento, formuló sus contrarios o las resonancias en eco, universalizó las diferencias en su esfuerzo estético; una «búsqueda del paraíso», según sus términos, que comunica orbes aparentemente antagónicos hasta lograr, en ese punto, hacer trascendente las simbolizaciones de un vasto espacio-tiempo en la inmanencia de su escritura.

Los pasos perdidos de Carpentier es guía para remontar la temporalidad del presente y situarse a su través en las paradojas del gran pensamiento del Idealismo centroeuropeo, visto, siguiendo la novela, desde la historia trágica de la primera mitad del siglo xx. Goethe, Schiller, Beethoven... y dan la medida, sin embargo, de las identidades que no pueden confinarse, en la extrema tensión de unicidad y cambio que representan. Se definieron allí las funciones que están en la base de la imaginación estética moderna. La contraposición creadora entre la sensibilidad oriental y la occidental que desarrolla con los exponentes del Califato de Córdoba, Garcilaso, Cervantes o la Mística, en las formas hoy de interculturalidad, remiten, efectivamente, al *Entgegensetzung* de Hölderlin: la infinitud desplegada en el mundo se hace puntual en el imaginario, lo incesante que incluso compromete el proceso vital o el peso existencial, se particulariza como actualidad desde lo ilimitado.

Con ello, Campos Reina concretó una amplia senda, la que señala visiones principales sobre el significado de todo significado en su obra, pero también pintó el vacío, sugiriendo lo ostensible de lo que todavía no había dicho. Y elige a Van Gogh, dando cuenta de su virtuosismo en la presión del silencio, en la evidencia de lo ausente, del vaciado de sus representaciones, curvamente iluminadas abriendo el camino hacia la luz; un hito en Occidente que en Oriente, conforme lo desarrolla Campos Reina, tiene su parangón contrapuesto en Tani-

zaki, el coleccionista de obscurecimientos. Sombras y vacíos que en el libro se entrañan también en la voz de Kawabata o Lezama o Valente.

Modus operandi de ausencias en la acción del pensamiento, difíciles de verbalizar, pero logradas admirablemente en el ensayo hasta develar el máximo grado de tensión entre la superficie y lo que está debajo. Irrumpen así los otros diseños y configuraciones que pueblan el imaginario de raíces subterráneas para ser escuchadas en las ramas más lejanas. Campos Reina afirmaba con ello un marco contiguo a su propia creación, al relacionar su estética con una radiación de fondo que es expresión tanto del gran reflujo del tiempo sobre el más distante horizonte, como del silencio después del silencio, hasta conseguir que la totalidad entre en juego. Mito y narrativa, movimientos de luz y sombra, presencias de obras y mirada hacia la libertad de no haber sido creando realidad en las huellas de su ficción, generan, en suma, la plenitud de este prodigioso imaginario.

¹ Madrid, Siruela, 2010